

Redes, remesas y paladares

La diáspora cubana desde una perspectiva transnacional

Jorge Duany

En este artículo se propone que el estudio comparado de la migración cubana puede ayudar a repensar el transnacionalismo. Los vínculos transnacionales entre Cuba y EEUU se han mantenido e incluso fortalecido a lo largo de cuatro décadas, pese a la continua hostilidad entre ambos países. Cuba ha desarrollado una vertiente particular del transnacionalismo, caracterizada por sus limitados intercambios políticos, económicos y culturales con EEUU. Como refugiados políticos que no pueden regresar permanentemente a Cuba, los cubanos han desarrollado unos lazos con su país muy diferentes de los dominicanos o los puertorriqueños. Económicamente, la migración transnacional ha acelerado la reinserción de Cuba en la órbita del dólar estadounidense, sobre todo durante la década de los 90. La economía cubana difícilmente podría sobrevivir sin el influjo masivo de fondos externos enviados por los migrantes.

En el prólogo al libro que inauguró el modelo dominante de la migración transnacional (Schiller et al.), Lambros Comitas señalaba los antecedentes teóricos de dicho paradigma en la obra del antropólogo cubano Fernando Ortiz. En particular, el concepto de transculturación anunciaba algunos elementos centrales para el análisis contemporáneo de las comunidades transnacionales. Entre ellos, Ortiz subrayaba el flujo de prácticas culturales de diverso origen a través de las fronteras geográficas y el surgimiento de una nueva cultura híbrida a través de sucesivas oleadas migratorias. Sin

JORGE DUANY: profesor del Departamento de Sociología y Antropología, Universidad de Puerto Rico, Río Piedras.

Nota: Este trabajo se preparó originalmente para el Taller sobre Redes Económicas y Sociales, auspiciado por el Grupo de Trabajo sobre Cuba del Consejo de Investigación en Ciencias Sociales en Nueva York. Posteriormente se presentó como ponencia en la Tercera Conferencia de Estudios Cubanos y Cubanoamericanos en la Universidad Internacional de la Florida, Miami, 18-21 de octubre de 2000. Agradezco los comentarios de Silvia Pedraza, Lisa Maya Knauer y Nancy Burke.

Palabras clave: transnacionalismo, emigración, empleo, economía, Cuba.

embargo, el resto del mencionado volumen de Schiller y sus colegas no explora sistemáticamente las convergencias y divergencias entre la transculturación y la transnacionalidad en el contexto de la migración actual hacia Estados Unidos. Más aún, ninguno de los trabajos reunidos en este libro aborda el caso cubano como un ejemplo típico de transnacionalismo, a pesar de que varios ensayos se enfocan en las experiencias de México, República Dominicana, Haití y otros países del Caribe. Esta ausencia teórica y empírica de la diáspora cubana se repite en discusiones más recientes sobre la migración transnacional (v. Basch et al.; Smith/Guarnizo), en que los cubanos aparecen como la excepción a la regla en los flujos poblacionales.

El problema recurrente con el excepcionalismo cubano, tanto en los análisis de la migración como en otras áreas de especialidad, es que tiende a aislar el objeto de estudio de su contexto regional e internacional más amplio y, de ese modo, ignorar o menospreciar las implicaciones generales del caso. Por ejemplo, la fuerza con que se reanudaron los lazos de parentesco entre los cubanos de la isla y de la diáspora en los años 90 –cuya manifestación más visible es el aumento vertiginoso en las remesas de los migrantes– sugiere que se ha establecido un denso campo transnacional, más allá de las brechas ideológicas entre los gobiernos de Cuba y EEUU. De igual manera, los limitados intercambios culturales, musicales y artísticos que permite la ley vigente del embargo norteamericano a Cuba han mantenido abiertos los canales para el movimiento de personas, mentalidades, prácticas y mercancías entre La Habana y Miami.

Otra situación que ilustra los complejos y frecuentemente conflictivos vínculos políticos entre la comunidad cubanoamericana y la población residente en la isla fue la controversia pública en torno de Elián González, en la que muchas de las imágenes y discursos se repetían a ambos lados del estrecho de la Florida. Varios trabajos etnográficos han documentado las persistentes redes transnacionales entre los practicantes de la religión y la música afrocubana en EEUU y en Cuba (v. Burke; Knauer). Estas y otras experiencias sugieren que la diáspora cubana de las últimas cuatro décadas merece repensarse a la luz del marco transnacional y, a la inversa, dicho marco teórico puede enriquecerse tomándola en cuenta.

En este ensayo me propongo examinar los vínculos entre las redes familiares, las remesas migratorias y el desarrollo del trabajo por cuenta propia en Cuba. Primero, presentaré evidencia empírica que demuestra la persistencia de fuertes lazos de parentesco entre los cubanos en la isla y las comunidades migratorias en EEUU. Luego, documentaré la creciente importancia de los envíos de dinero por parte de los migrantes a Cuba como una de las principales fuentes de divisas durante el Periodo Especial en Tiempos de Paz. Después, revisaré estudios recientes sobre el sector informal urbano en Cuba, sugiriendo su posible conexión con la inversión productiva de las remesas. Finalmente, analizaré las redes socioeconómicas entre los cubanos residentes en y fuera de la isla desde una perspectiva transnacional.

Básicamente, mi tesis es que la migración cubana constituye un caso especial (pero no único) de transnacionalismo, aunque las redes transnacionales de los cubanos tienen características diferentes de las de otros casos mejor documentados de este tipo de migración. La gran mayoría de los estudiosos sigue analizando a la emigración cubana como un fenómeno excepcional y único, con pocos puntos de contacto con otros grupos étnicos en EEUU (v. p. ej., García; González-Pando; Masud-Piloto; Pedraza). No obstante, el marco teórico transnacional puede ayudar a reconceptualizar el flujo actual de personas y recursos entre Cuba y EEUU desde una perspectiva integrada y comparada, particularmente en el contexto regional del Caribe y América Latina. Por eso quisiera comenzar reseñando la bibliografía reciente sobre el transnacionalismo.

Repensar el transnacionalismo

Uno de los marcos teóricos más productivos para el estudio de la migración surgió durante los años 90 bajo el término de «transnacionalismo». La formulación más temprana e influyente del nuevo paradigma fue el volumen editado por Schiller, Basch y Blanc-Szanton. A este libro le sucedió en breve la obra escrita en colaboración por las mismas autoras (Basch et al.), que especificaba de manera más sistemática las implicaciones conceptuales y metodológicas del modelo. Muchos estudiosos están trabajando actualmente dentro de los parámetros del enfoque transnacional, si bien muestran una gran heterogeneidad en sus posturas teóricas (v. Appadurai; Foner; Goldring; Kearney; Portes; Rouse 1991, 1995; M.P. Smith; Smith/Guarnizo). Aunque estos autores han desarrollado distintas versiones del transnacionalismo, todos coinciden en que se requiere una nueva manera de abordar la migración en la fase contemporánea de la economía mundial, y concuerdan en que las categorías tradicionales del análisis social —tales como nación, Estado, ciudadanía, raza, etnicidad, clase, género e identidad— deben repensarse a la luz de las tendencias actuales. El problema es cómo definir, describir y explicar el auge de los lazos transnacionales en diversas comunidades migratorias.

En Schiller et al. se ha ofrecido una útil definición, aunque muy amplia, del transnacionalismo como el proceso mediante el cual los migrantes construyen y mantienen redes socioeconómicas y culturales a través de las fronteras establecidas por los Estados nacionales. Más recientemente, Portes ha añadido que el transnacionalismo conlleva el ejercicio de ocupaciones y actividades que requieren un contacto regular e intenso entre dos o más países. Por ejemplo, algunos grupos de migrantes del Caribe hispánico participan simultáneamente en varios sistemas políticos, retienen una doble ciudadanía, envían grandes cantidades de dinero a sus familiares y definen sus identidades en términos culturalmente híbridos, como cubanoamericanos y dominicoamericanos. Tales conexiones no siempre vienen acompañadas de un movimiento constante de ida y vuelta, facilitado por sistemas de transportación y comunicación rápida. Los viajes aéreos, las llamadas telefónicas, las grabaciones en video, las comunicaciones por fax y el correo electrónico han reducido

grandemente el tiempo y el costo de mover gente, imágenes, ideas y objetos entre las islas caribeñas y el continente norteamericano. La mayoría de los estudiosos concuerda en que la creciente globalización del capitalismo, que ha estimulado tales avances tecnológicos, es la causa primordial del transnacionalismo (Basch et al.). En este contexto, el movimiento transnacional de personas es solo un aspecto –aunque crucial– del intercambio mundial de capital, mercancías, tecnologías, información, ideología y cultura (v. Appadurai; Smith/Guarnizo). Para algunos analistas, de hecho, los términos globalización y transnacionalización económica son prácticamente sinónimos.

No obstante, el transnacionalismo contemporáneo es un fenómeno tanto político como económico, que también se ha alimentado de intentos estatales recientes por expandir el alcance territorial de los derechos y obligaciones de los ciudadanos, el auge de instituciones sociales que vinculan a varios países (tales como confederaciones de partidos políticos, iglesias, movimientos comunitarios y otras organizaciones no gubernamentales), y el debilitamiento relativo del Estado-nación frente a fuerzas globales y regionales. Hace poco, las constituciones de Colombia, México y la República Dominicana fueron revisadas para incorporar a sus crecientes diásporas en EEUU, al extenderles privilegios de ciudadanos como el derecho al voto ausente. En muchos países, las políticas públicas establecidas se han movido hacia un «transnacionalismo de facto», al aceptar las limitaciones de enfoques estrictamente nacionales sobre asuntos tales como el movimiento de capital, mano de obra e incluso sustancias controladas (Sassen). No obstante, tales tendencias globalizantes no contradicen sino que complementan las tendencias locales –por ejemplo, los inmigrantes dominicanos ampliaron su participación política en la ciudad de Nueva York así como en la República Dominicana durante los años 90 (Graham). En otras palabras, las fuerzas de la desterritorialización compiten con las de la reterritorialización.

La diáspora cubana precisa ser reinterpretada como una variante de la migración transnacional, aunque diferente de otros casos en cuanto a condición legal, relación con el país natal, recepción en el país anfitrión, dificultad de retorno, composición socioeconómica, ideología política y otros factores clave. Según Silvia Pedraza (comunicación personal, 21/10/1998), los emigrados cubanos no han creado una comunidad verdaderamente transnacional en EEUU en la medida en que sus contactos con Cuba son mucho más restringidos e irregulares que, por ejemplo, los de migrantes puertorriqueños y dominicanos con sus países de origen. Desde 1959, las políticas estadounidenses y cubanas hacia la migración –así como la política del exilio– han limitado seriamente el flujo de personas, bienes e ideas entre Cuba y EEUU. Sin embargo, la persistencia de fuertes redes económicas y sociales entre los cubanos en la isla y en el exterior amerita examinar las semejanzas entre la migración cubana y otros casos de transnacionalismo. Al mismo tiempo, reflexionar sobre el éxodo cubano puede ayudar a repensar los elementos básicos del transnacionalismo para incluir los lazos establecidos más allá de las fricciones entre dos Estados nacionales en pugna, como los de Cuba y EEUU.

La migración cubana tiene varias características distintivas desde una perspectiva transnacional. Hasta hace poco, los cubanos perdían prácticamente todos sus derechos de ciudadanos al salir en forma definitiva de su país. Por ejemplo, muchos emigrados perdieron sus trabajos y propiedades en Cuba al anunciar su decisión de mudarse a EEUU. Por lo tanto, la emigración cubana ha tenido un predominante flujo unilateral hacia el Norte, a diferencia de la puertorriqueña y la dominicana. Aunque el gobierno de Fidel Castro ha hecho varios acercamientos a la comunidad cubana en el exterior, aún no ha desarrollado una postura coherente sobre asuntos como la repatriación y las oportunidades de inversión para los exiliados. Hasta el momento, los emigrados no pueden establecer negocios en Cuba, como sí pueden hacerlo los ciudadanos de España, Canadá y otros países. Los viajes desde y hacia Cuba aún se limitan a una pequeña proporción de los cubanos residentes en la isla y en el exterior. Para los que viven fuera, la ciudadanía cubana ofrece pocas ventajas prácticas y, en algunos casos, como viajar a otros países, representa una verdadera desventaja.

Otra característica que distingue al movimiento transnacional entre Cuba y EEUU es la política del gobierno de la isla hacia los migrantes. Hasta hace poco, Cuba restringió la emigración por edad, género y ocupación, pero la prolongada crisis económica de los años 90 ha promovido un relajamiento de los requisitos para viajar (v. Hernández; Martín/Pérez; Rodríguez Chávez). Por ejemplo, ahora es más fácil vivir temporalmente fuera de la isla sin perder el derecho de regresar a Cuba. Aun así, debido a las tensiones históricas entre La Habana y Washington desde 1959, el gobierno de Fidel Castro ha tendido a tratar a los exiliados con sospecha y animosidad. Políticamente, el régimen socialista ha utilizado de manera consistente la emigración como una forma de exportar la disidencia (Pedraza-Bailey). Estas políticas públicas se correlacionan fuertemente con las diferencias ideológicas entre los gobiernos de Cuba y EEUU. Las hostilidades cubanoamericanas se basan en la continua afiliación de La Habana al socialismo, la resistencia de Washington a levantar el embargo, así como a las fuertes presiones de los líderes del exilio cubano en Miami. Para los que se encuentran en medio de estas tensiones, es usual que la lealtad a EEUU o a Cuba se plantee de manera mutuamente excluyente. Solo en los últimos tiempos ha surgido la posibilidad de un mayor acercamiento entre los cubanos de la isla y la diáspora (v. Torres).

Después de una larga y problemática relación con sus emigrados, el régimen socialista de Cuba intentó «normalizar» sus vínculos con la diáspora en la década de 1990. Al igual que México, Cuba estableció una oficina para atender los asuntos de la comunidad cubana en el exterior bajo el Ministerio de Relaciones Extranjeras. En 1995, el Ministerio lanzó una revista, *Correo de Cuba*, subtitulada «La revista de la comunidad cubana», para divulgar sus actividades. En junio del mismo año, la Unión de Escritores y Artistas Cubanos y la Universidad de La Habana organizaron un simposio sobre cultura e identidad nacional, donde participaron intelectuales cubanos del exilio. En el mes de noviembre, la segunda conferencia sobre «La nación y la emigra-

ción» reunió en La Habana a representantes de la diáspora cubana de varios países. Pese a algunos avances, la mayoría de los esfuerzos realizados para ampliar el «diálogo» entre los cubanos dentro y fuera de la isla han sido débiles e inefectivos. Hasta la fecha ha predominado una política de aislamiento mutuo y confrontación abierta. Probablemente será necesario que los gobiernos de EEUU y Cuba renueven sus relaciones diplomáticas antes de que los emigrados puedan coexistir de manera pacífica con el régimen actualmente en el poder en la Isla. Sin embargo, la falta de contacto oficial no significa que se hayan roto todos los vínculos entre la población cubana y su diáspora.

La persistencia de redes familiares

Estudios recientes en Cuba y en EEUU han documentado la fuerza de las redes de parentesco entre los cubanos de la isla y fuera de ella. A pesar del tiempo y la distancia de separación, muchas familias cubanas han logrado mantenerse en contacto periódico, aunque no siempre unidas ni física ni ideológicamente. Incluso, algunas investigaciones han encontrado que las relaciones de la población cubana con los emigrantes aumentaron y se intensificaron durante la década de los 90 (Aja Díaz; Martín/Pérez). Uno de los factores políticos a favor de este proceso de reunificación familiar fue la mayor aceptación de la emigración en el discurso oficial del gobierno cubano. Por otra parte, el apoyo a los viajes de familiares entre Cuba y EEUU sigue siendo muy fuerte en la comunidad cubana en Miami, independientemente del apoyo masivo al embargo norteamericano (Grenier/Gladwin). Los estudios disponibles han documentado que las relaciones familiares entre migrantes y residentes de Cuba se concentran en la ciudad de La Habana y entre los migrantes más recientes, particularmente los que salieron de Cuba después del éxodo del Mariel. Estos hallazgos se explican, por un lado, por la alta selectividad en el origen geográfico de los emigrantes y, por el otro, por el mayor grado de cercanía de las relaciones de consanguinidad entre los llegados a EEUU y los residentes de Cuba a partir de los años 80.

¿Cómo se manifiestan las redes familiares entre los cubanos de la isla y del exterior? En primer término están las llamadas telefónicas. En 1998, se registraron 16,7 millones de mensajes telefónicos (para 135 millones de minutos) desde EEUU a Cuba. La gran mayoría (65%) de las llamadas telefónicas se producen entre residentes norteamericanos de origen cubano y sus parientes en Cuba (U.S.-Cuba Trade and Economic Council 1999, 2000). El volumen de las llamadas ha aumentado sustancialmente desde el relajamiento de las restricciones y el abaratamiento de los costos de las telecomunicaciones entre ambos países a mediados de los 90. Actualmente, una llamada telefónica de EEUU a Cuba cuesta en promedio 1,20 dólares por minuto, y desde Puerto Rico 1,44. Tarifas mucho más económicas que hace escasamente cinco años.

En segundo lugar, numerosos migrantes utilizan la correspondencia regular para mantenerse en contacto con sus familiares en Cuba. Aunque el resta-

blecimiento del servicio de correo directo entre Cuba y EEUU fue autorizado en 1992, aún funciona lenta e irregularmente, debido a que frecuentemente se canaliza a través de terceros países como México o Canadá. En la actualidad solo existe servicio de correo fletado entre EEUU y Cuba. Por lo tanto, una carta enviada desde cualquier punto de EEUU puede tomar de uno a tres meses para llegar a Cuba, si es que llega. Así las cosas, muchos emigrados dependen del envío de cartas, fotos y otros efectos por vías alternas –tales como viajeros a Cuba por razones familiares o profesionales. Por otra parte, el correo electrónico aún no ha logrado una amplia difusión en la isla debido al costo de adquirir una computadora y tener acceso a internet: para 2000, apenas 20.000 personas tenían cuenta de internet (U.S.-Cuba Trade and Economic Council 2000).

En tercer lugar, las visitas familiares representan un intercambio constante de personas entre Cuba y EEUU. En 1999, alrededor de 124.000 residentes norteamericanos de origen cubano viajaron a Cuba, mientras otros 160.000 residentes en Cuba viajaron al exterior con visas temporales (U.S.-Cuba Trade and Economic Council 2000). Este tráfico incesante en ambas direcciones se ha incrementado en los últimos años, desde que el gobierno norteamericano redujo las restricciones para fletar viajes aéreos hacia Cuba. Asimismo, el gobierno cubano redujo el costo de los paquetes de viajes a Cuba (incluyendo las visas) para los emigrados. En 1999, un viaje de ida y vuelta Miami - La Habana costaba 369 dólares; desde Nueva York, 629; desde Los Angeles, 750; y desde San Juan (vía Panamá), 423 dólares (U.S.-Cuba Trade and Economic Council 1999). En cuarto lugar, está el envío de paquetes con comida, medicinas, ropa, zapatos, espejuelos y otros artículos de primera necesidad. Varias compañías establecidas en EEUU, particularmente en el estado de la Florida, se han especializado en el envío de valores a Cuba. En la comunidad cubana de Miami han proliferado las pequeñas empresas familiares dedicadas a este negocio. Una de las mayores empresas anticipaba para 2000 ganancias entre 300.000 y 400.000 dólares. A un costo de casi 180 dólares por kilo, el envío de paquetes a Cuba es un negocio redondo para los intermediarios y sumamente costoso para los migrantes cubanos (U.S.-Cuba Trade and Economic Council 2000). Este es un ejemplo de cómo el embargo norteamericano beneficia a ciertos intereses comerciales dentro de la comunidad cubana en EEUU.

Por último, está el envío de remesas. Según las leyes norteamericanas vigentes, los cubanos residentes en EEUU pueden enviar 300 dólares cada cuatro meses a sus parientes en Cuba, con un máximo de 1.200 dólares al año. Para 2000, el gobierno norteamericano había licenciado 94 compañías –69 de ellas en el estado de la Florida– para enviar remesas hacia Cuba. En 1999, la compañía telegráfica Western Union comenzó a ofrecer sus servicios de transferencias electrónicas de fondos desde la Florida hacia Cuba, a un costo de 29 dólares por cada 200 enviados (U.S.-Cuba Trade and Economic Council 1999). Este renglón de las redes familiares entre cubanos residentes en la isla y en el exterior merece mayor atención de los investigadores, por su creciente importancia para el desarrollo económico de Cuba.

Las remesas como manifestación de redes económicas

Durante los años 90, los migrantes cubanos han desempeñado un papel cada vez más estratégico en la economía cubana, esto puede documentarse claramente en el enorme monto de las remesas que envían a sus familiares. Por un lado, el grueso de estos fondos se utiliza para cubrir necesidades domésticas básicas, como la comida, la ropa y el cuidado de la salud. Por otro lado, las remesas también pueden ayudar a subsidiar el desarrollo de pequeñas empresas y otras actividades productivas, al igual que en otros países receptores de remesas (Díaz-Briquets/Pérez López; Meyers; Ortiz; Portes/Guarnizo). Los académicos discrepan actualmente respecto de si las remesas tienden a alentar o desalentar la emigración de los receptores; tampoco existe un consenso sobre su impacto en las estructuras productivas; otro asunto debatido es si las remesas ayudan a mejorar o empeorar la distribución de la riqueza.

Las estimaciones de remesas cubanas mejor documentadas oscilaban entre los 200 y los 400 millones de dólares a principios de los años 90 (Díaz-Briquets/Pérez-López; Hernández). (Antes de 1993, los dólares no circulaban legalmente en Cuba y eran considerados parte del mercado negro, por lo que era muy difícil calcular el flujo de moneda extranjera hacia la población residente.) Un estimado más conservador, basado en el Censo de EEUU, calculó la cifra en unos 154 millones de dólares en 1990 (Díaz-Briquets). A su vez, un economista cubano proyectó unos 600 millones de dólares remesados en 1997 (Monreal), mientras que *The Economist* estimó que los migrantes enviaron 744 millones de dólares en 1996 (The Economist Intelligence Unit). Un manual estadístico recién editado en Cuba (Oficina Nacional de Estadísticas) coincide con esta última cifra. Sin embargo, para mantener la consistencia, prefiero utilizar los datos más completos de un estudio de la economía cubana realizado por la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (Cepal) (v. tb. Cabarrouy). Según la Cepal, las transferencias privadas netas a Cuba aumentaron drásticamente de 48 millones de dólares en 1989 a 1.112 millones de dólares en 1996. En tal escenario, las remesas generaron prácticamente tanta moneda extranjera como el turismo (1.400 millones) y más que las exportaciones de azúcar (1.100 millones). Según una fuente periodística, actualmente quizás la mitad de todos los cubanos recibe algún dinero de sus parientes en la diáspora (*Migration News* 1998). No sin ironía, buena parte de la modesta recuperación reciente de la economía cubana ha sido financiada por cubanos en EEUU. Pese a sus limitaciones, los datos disponibles sugieren que las remesas constituyen una fuente de ingreso fundamental en Cuba, quizás tan importante como en la República Dominicana, México, El Salvador y otros países latinoamericanos y caribeños. Más aún, estos envíos constituyen la expresión más concreta de las persistentes redes transnacionales entre las familias cubanas dentro y fuera de la isla.

Ultimamente, los países emisores de migrantes (incluyendo a Cuba) han intentado capitalizar las remesas como un recurso económico poco aprovechado. Aunque éstas tienen efectos mixtos sobre el desarrollo económico (Meyers),

muchos países dependen cada vez más de este influjo de efectivo para balancear las cuentas nacionales y generar nuevas empresas. Las remesas –junto con otras transacciones relacionadas con la migración, como las visitas periódicas en ambas direcciones– han creado un campo económico transnacional muy denso entre Cuba y EEUU. Si tales redes benefician o perjudican el desarrollo económico sustentable es todavía un asunto de discusión entre académicos y planificadores. Lo que parece claro es que se invierte parte de las remesas en actividades productivas, particularmente las relacionadas con el sector informal urbano de la isla.

El desarrollo del sector informal urbano en Cuba

Varios investigadores han documentado la reciente expansión de pequeñas empresas informales en Cuba, como las «paladares»¹ –los pequeños restaurantes familiares que han proliferado en la ciudad de La Habana y otros centros urbanos de Cuba durante el Periodo Especial (v. Holgado Fernández; Mesa-Lago; Núñez Moreno; B. Smith). Aparentemente, el sector informal urbano se ha nutrido de trabajadores desocupados, expulsados del sector estatal durante la crisis económica, así como de la economía previamente sumergida a raíz de la penalización de la tenencia del dólar. Según cálculos oficiales, unos 208.000 cubanos se habían acogido al trabajo por cuenta propia en 1995, el punto máximo de expansión del sector informal urbano en la isla. La cifra se redujo a 171.861 trabajadores en 1997, debido a la implantación de licencias e impuestos por el Gobierno (Burchardt)². Hoy en día, los trabajadores informales representan entre 15% y 20% de todos los trabajadores ocupados.

Los estudios realizados hasta la fecha permiten trazar un perfil sociodemográfico del trabajo por cuenta propia en Cuba (Núñez Moreno; B. Smith). Primero, la gran mayoría de los trabajadores por cuenta propia son hombres –74% de los inscritos en las planillas oficiales del Gobierno; segundo, son relativamente jóvenes: su edad promedio es de 37,5 años, según un estudio de campo (B. Smith); tercero, son relativamente educados: su nivel de escolaridad promedio es el de escuela técnica o vocacional, con una alta proporción de egresados universitarios; cuarto, son predominantemente urbanos, concentrados sobre todo en La Habana y otras ciudades como Santa Clara, Holguín y Matanzas; quinto, se especializan en el pequeño comercio y los servicios personales, sobre todo restaurantes y cafeterías; sexto, están ocupados particularmente como vendedores y trabajadores de servicio, tales como cocineros, chóferes, peluqueros y artesanos; por último, devengan un sueldo mucho mayor, en promedio, que los empleados en el sector estatal de la economía cubana (135 dólares contra el equivalente de 10 dólares).

1. En la Cuba actual, el término popular «paladar» se usa en el género femenino, aparentemente porque proviene de una telenovela brasileña en que se refería a un restaurante con ese nombre.

2. En una visita realizada a La Habana en febrero de 2001, pude constatar el cierre de muchas paladares debido al aumento de impuestos estatales y su frecuente conversión en casas de hospedaje para turistas extranjeros.

Informaciones anecdóticas sugieren que frecuentemente muchos trabajadores por cuenta propia reciben divisas por medio de remesas. Los dueños de algunas paladares dependen de tal fuente de ingresos para adquirir suministros, remodelar instalaciones y cubrir la nómina salarial. Por lo tanto, habría que investigar más a fondo las relaciones de los trabajadores informales con sus familiares en el exterior, el posible uso de las remesas como capital para establecer pequeños negocios, y el impacto de tales fondos en los patrones migratorios, así como en la incipiente formación de clases sociales y en la ideología política. Por ejemplo, uno podría plantear hipotéticamente que las remesas canalizadas a través del trabajo por cuenta propia tienden a reducir el potencial migratorio en la medida en que aumentan los ingresos y el nivel de vida de ciertos sectores de la población cubana. En todo caso, hace falta ir más allá del perfil sociodemográfico de los trabajadores informales para examinar sus vínculos con la migración transnacional y con los cambios en la estructura productiva de Cuba.

Conclusión

La migración transnacional ha tenido un impacto duradero en la reconfiguración de los discursos nacionalistas en Cuba y otros países del Caribe hispánico. Durante el siglo xx, el nacionalismo cubano se desarrolló en gran medida como un proyecto opuesto a la hegemonía estadounidense: ser nacionalista casi automáticamente significaba ser antiamericano. Pero el surgimiento de grandes comunidades transnacionales en «las entrañas del monstruo», para usar la frase inevitable de José Martí, ha complicado enormemente la situación. Independientemente de su ciudadanía, los migrantes cubanos participan al mismo tiempo en dos sistemas políticos antagónicos que los definen como exiliados, refugiados, apátridas o simplemente miembros de la comunidad cubana en el exterior. Los emigrados pueden aceptar, disputar o negociar tales definiciones de su identidad, como lo han hecho en numerosas ocasiones. Pero al menos una cosa es segura: la migración ha ampliado las fronteras territoriales de la nación cubana y socavado las premisas convencionales sobre quién es cubano. En los últimos 100 años, Cuba se americanizó profundamente, así como partes de EEUU se han cubanizado (y latinizado) mediante la diáspora. En los últimos 10 años, las relaciones entre los cubanos en la isla y en EEUU se han intensificado, no solo mediante el envío de remesas, también mediante las redes familiares sostenidas a través de visitas mutuas, llamadas telefónicas y envío de cartas y paquetes. No obstante, las tensiones políticas siguen dificultando el mantenimiento de tales redes sociales y económicas. ¿Será posible, algún día, reanudar las relaciones normales entre los cubanos, sin importar dónde residan, qué ideología política profesan o si se ganan la vida en pesos cubanos o en dólares americanos?

Referencias

- Aja Díaz, Antonio: «La emigración de Cuba en los años noventa» en *Cuban Studies* N° 30, 1999, pp. 1-25.

- Appadurai, Arjun: *Modernity at Large: Cultural Dimensions of Globalization*, University of Minneapolis Press, Minneapolis, 1996.
- Basch, Linda, Nina Glick Schiller y Cristina Blanc-Szanton: *Nations Unbound: Transnational Projects, Postcolonial Predicaments, and Deterritorialized Nation-States*, Gordon and Breach, Basel, 1994.
- Burchardt, Hans-Jürgen: «Cuba: una visión desde lejos, ¿reforma económica o estancamiento?» en *Revista de Ciencias Sociales* (Nueva Época) N° 8, 2000, pp. 86-105.
- Burke, Nancy J.: «Prepaid Phone Cards and Photos of the Saints: Strategies and Tools of Transnational Santería Practice in a Southwest City», ponencia presentada en la Tercera Conferencia de Estudios Cubanos y Cubanoamericanos, Universidad Internacional de la Florida, Miami, 18-21 de octubre de 2000.
- Cabarrouy, Evaldo A.: «Reforma económica en Cuba: comentarios sobre algunos cambios estructurales» en *Boletín de Economía* vol. 4 N° 2, Unidad de Investigaciones Económicas, Universidad de Puerto Rico, Río Piedras, 1998, en prensa.
- Cepal: *La economía cubana: reformas estructurales y desempeño en los noventa*, Fondo de Cultura Económica, México, 1997.
- Díaz-Briquets, Sergio: «Emigrant Remittances in the Cuban Economy: Their Significance During and After the Castro Regime» en *Cuba in Transition* vol. 4, Association for the Study of the Cuban Economy, en <www.info.lanic.utexas.edu/la/cb/cuba/asce/cuba4/diaz.html>, 1994.
- Díaz-Briquets, Sergio y Jorge Pérez López: «Refugee Remittances: Conceptual Issues and the Cuban and Nicaraguan Experiences» en *International Migration Review* vol. 31 N° 2, 1997, pp. 411-437.
- The Economist Intelligence Unit: *Country Profile: Cuba, 1997-1998*, Londres, 1998.
- Foner, Nancy: «New York and Caribbean Culture», ponencia presentada en la Conferencia «El Caribe y los Estados Unidos desde 1898: cien años de transformación», Lehman College, City University of New York, 13-15 de octubre de 1998.
- García, María Cristina: *Havana USA: Cuban Exiles and Cuban Americans in South Florida, 1959-1994*, University of California Press, Berkeley, 1996.
- Goldring, Luin: «Blurring Borders: Constructing Transnational Community in the Process of Mexico-U.S. Migration» en *Research in Community Sociology* N° 6, 1996, pp. 69-104.
- González-Pando, Miguel: *The Cuban Americans*, Greenwood, Westport, 1998.
- Graham, Pamela M.: «The Politics of Incorporation: Dominicans in New York City» en *Latino Studies Journal* vol. 9 N° 3, 1998, pp. 39-64.
- Grenier, Guillermo y Hugh Gladwin: «Results of the 2000 FIU Cuba Poll», ponencia presentada en la Tercera Conferencia de Estudios Cubanos y Cubanoamericanos, Universidad Internacional de la Florida, Miami, 18-21 de octubre de 2000.
- Guarnizo, Luis E.: «The Emergence of a Transnational Social Formation and the Mirage of Return Migration among Dominican Transmigrants» en *Identities* vol. 4 N° 2, 1997, pp. 281-322.
- Hernández, Rafael: «Cuba y los cubano-americanos: el impacto del conflicto EEUU-Cuba en sus relaciones presentes y futuras» en *Cuadernos de Nuestra América* vol. 12 N° 23, 1995, pp. 4-47.
- Holgado Fernández, Isabel: *¡No es fácil! Mujeres cubanas y la crisis revolucionaria*, Icaria, Barcelona, 2000.
- Kearney, Michael: «Borders and Boundaries of the State and Self at the End of Empire» en *Journal of Historical Sociology* vol. 4 N° 1, 1991, pp. 52-74.
- Knauer, Lisa Maya: «Rumba and the Cultural Economy of Race and Nation in New York and Havana», ponencia presentada en la Tercera Conferencia de Estudios Cubanos y Cubanoamericanos, Universidad Internacional de la Florida, Miami, 18-21 de octubre de 2000.
- Martín, Consuelo y Guadalupe Pérez: *Familia, emigración y vida cotidiana en Cuba*, Editora Política, La Habana, 1998.
- Martínez, Milagros et al.: *Los balseiros: un estudio a partir de las salidas ilegales*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1996.
- Masud-Piloto, Félix: *From Welcome Exiles to Illegal Immigrants: Cuban Migration to the United States, 1959-1995*, Rowman & Littlefield, Lanham, 1996.
- Mesa-Lago, Carmelo: «Evolución y perspectivas de la reforma económica cubana» en Bert Hoffman: *Cuba: apertura y reforma económica. Perfil de un debate*, Nueva Sociedad, Caracas, 1995, pp. 59-90.

- Meyers, Deborah Waller: *Migrant Remittances to Latin America: Reviewing the Literature*, Inter-American Dialogue, Washington, D.C., 1998.
- Migration News*: «U.S. Sets Quota for Cuban Immigrants», vol. 1 N° 10, 10/1994, en <www.migration.ucdavis.edu>.
- Migration News*: «Cuba/Caribbean: Immigration, Remittances», vol. 5 N° 1, 1/1998, en <www.migration.ucdavis.edu>.
- Monreal, Pedro: «Las remesas familiares en la economía cubana» en *Encuentro de la cultura cubana* N° 14, 1999, pp. 49-62.
- Núñez Moreno, Lilia: «Más allá del cuentapropismo en Cuba» en *Temas* N° 11, 1997, pp. 41-50.
- Ortiz, Marina: *Microempresas, migración y remesas en la República Dominicana, 1997-1998*, Fondomicro, Santo Domingo, 1997.
- Pedraza, Silvia: «Cuba's Refugees: Manifold Migrations» en Silvia Pedraza y Rubén G. Rumbaut (eds.): *Origins and Destinies: Immigration, Race, and Ethnicity in America*, Wadsworth, Belmont, 1996, pp. 263-279.
- Pedraza-Bailey, Silvia: *Political and Economic Migrants in America: Cubans and Mexicans*, University of Texas Press, Austin, 1985.
- Portes, Alejandro: «Latin Americans in the U.S. and the Rise of Transnational Communities», ponencia presentada en el XXI Congreso LASA, Chicago, 24-26 de septiembre de 1998.
- Portes, Alejandro y Luis E. Guarnizo: *Capitalistas del trópico: la inmigración en los Estados Unidos y el desarrollo de la pequeña empresa en la República Dominicana*, Flacso, Santo Domingo, 1991.
- Rodríguez Chávez, Ernesto: *Emigración cubana actual*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1997.
- Rouse, Roger: «Mexican Migration and the Social Space of Postmodernism» en *Diaspora* vol. 1 N° 1, 1991, pp. 8-23.
- Rouse, Roger: «Thinking through Transnationalism: Notes on the Cultural Politics of Class Relations in the Contemporary U.S.» en *Public Culture* N° 7, 1995, pp. 353-402.
- Sassen, Saskia: «Economic Globalization and Immigration Policy: Toward De-facto Transnationalism», Departamento de Planificación Urbana, Universidad de Columbia, 1998, mimeo.
- Schiller, Nina Glick, Linda Basch y Cristina Blanc-Szanton (eds.): *Towards a Transnational Perspective on Migration: Race, Class, Ethnicity, and Nationalism Reconsidered*, New York Academy of Sciences, Nueva York, 1992.
- Smith, Benjamin: «The Self-Employed in Cuba: A Street Level View» en *Cuba in Transition* vol. 9, Association for the Study of the Cuban Economy, 1999, en <www.info.lanic.utexas.edu/la/cb/cuba/asce/cuba9/smith.html>.
- Smith, Michael Peter: «Can You Imagine? Transnational Migration and the Globalization of Grassroots Politics» en *Social Text* N° 39, 1994, pp. 15-34.
- Smith, Michael P. y Luis E. Guarnizo (eds.): *Transnationalism from Below*, Transaction, New Brunswick, 1998.
- Torres, María de los Angeles: *In the Land of Mirrors: Cuban Exile Politics in the United States*, University of Michigan Press, Ann Arbor, 1999.
- Unión de Escritores y Artistas Cubanos y Universidad de La Habana (eds.): *Cuba: cultura e identidad nacional*, Unión, La Habana, 1995.
- U.S.-Cuba Trade and Economic Council: «1999 Commercial Highlights», 1999, en <www.cuba-trade.org/99highlights.html>.
- U.S.-Cuba Trade and Economic Council: «2000 Commercial Highlights», 2000, en <www.cuba-trade.org/2000highlights.html>.